

Coordinador:  
"La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio"



# 1. La Eucaristía, Luz y Vida para la Liturgia del Nuevo Milenio



Mons. Roberto José Rodríguez  
Presidente del Consejo Litúrgico  
Pastor Litúrgico de la Diócesis de  
San Carlos de Guaymas  
Coordinador General  
Litúrgico del Congreso

Colección “La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio”

**LA EUCARISTÍA, LUZ Y VIDA  
PARA LA LITURGIA  
DEL NUEVO MILENIO**

M.I. Sr. Cango José Luis González Z.  
Pbro. Sr. Cango. José Luis González Z.  
Pbro. J. Natividad Ocegueda M.  
Pbro. Alejandro Branca P.  
Pbro. Gerardo Vélez O.  
Pbro. Héctor T. Gómez.  
Pbro. Francisco Jiménez F.

Diseño:  
Creator, Agencia Católica de Publicidad.

Ediciones Católica de Guadalajara, S.A. de C.V.  
Isla Flores 3344, Jardines de San José  
C.P. 45085, Tlaquepaque, Jal.  
Tel.: (0133) 3144-867273

Primera impresión:  
octubre 2002

ISBN 968-5611-00-9

Derechos de impresión: Arquidiócesis de Guadalajara, A.R.  
Impresión: Ediciones Católicas de Guadalajara, S.A. de C.V.  
Impreso en México.

## ÍNDICE

SIGLAS

PRESENTACIÓN

1. **EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR**  
*M.I. SR. CANGO. JOSÉ LUIS GONZÁLEZ*
2. **EL DOMINGO, DÍA DE CRISTO**  
*PBRO. J. NATIVIDAD OCEGUEDA*
3. **EL DOMINGO, DÍA DE LA IGLESIA**  
*PBRO. ALEJANDRO BRANCA*
4. **EL DOMINGO, DÍA DEL HOMBRE**  
*PBRO. GERARDO VÉLEZ*
5. **LA MESA DE LA PALABRA**  
*PBRO. HÉCTOR GÓMEZ*
6. **LA MESA DE LA EUCARISTÍA**  
*PBRO. FRANCISCO JIMÉNEZ*



## SIGLAS

IV PDP	IV Plan Diocesano de Pastoral, Guadalajara 2001-2004 (Ediciones Católicas, Guadalajara, 2001).
CEC	<i>Catecismo de la Iglesia Católica</i> (11-X-1992).
CIC	<i>Código de Derecho Canónico</i> (25-I-1983).
DD	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Dies Domini</i> ("El Día del Señor", 31-V-1998).
LG	Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática <i>Lumen Gentium</i> ("Luz de las gentes", 21-XI-1964).
NMI	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Novo Millennio Ineunte</i> ("Nuevo milenio naciente", 6-I-2001).
OGMR	<i>Misal Romano. Ordenación general del Misal Romano</i> (7-XII-1974).
SC	Concilio Vaticano II, Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i> (4-XII-1963).
TB	<i>La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio. Texto Base para el XLVIII Congreso Eucarístico Internacional</i> (Ediciones Católicas, Guadalajara, 2002).
VQA	Juan Pablo II, Carta Apostólica <i>Vicesimus Quintus Annus</i> (4-XII-1988).

## PRESENTACIÓN

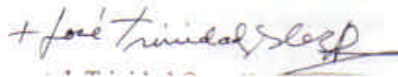
La Eucaristía es definida por la Iglesia como «fuente y cumbre de la vida cristiana» (LG, 11), y como «el compendio y suma de nuestra fe» (CEC, 1327). El Santo Padre Juan Pablo II, en su Carta Encíclica *Dies Domini*, nos recuerda el sentido pleno de la Celebración Eucarística, cuando afirma: «La Mesa de la Palabra lleva naturalmente a la Mesa del Pan Eucarístico, y prepara a la comunidad para vivir sus múltiples dimensiones, que en la Eucaristía dominical tiene un carácter de particular solemnidad» (n. 42).

Esta densa doctrina espera ser vivida con especial esmero en las celebraciones litúrgicas, particularmente en las que se realizan el domingo, Día del Señor. La pastoral desarrollada en torno a las Asambleas cristianas convocadas para celebrar la Fracción del Pan, debe ser cuidada tanto por el que preside y por los que colaboran en algún ministerio, como por todos los fieles.

El folleto que en esta ocasión tenemos el gusto de presentar, de la colección «La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio», ofrece reflexiones a la doctrina presentada por el Papa en *Dies Domini*. Su Santidad ha querido que volvamos nuestra mirada, nuestro pensamiento y nuestro corazón, al domingo, por ser el día en que celebramos, en la Eucaristía, la victoria del Señor resucitado.

Este día de santificación, que tiene su momento central en la participación plena, consciente y activa en la Santa Misa, se complementa con un compromiso de los cristianos para hacer de este día –teniendo como inspiración la Eucaristía–, el día de la Iglesia, el día del hombre, el día de la familia y el día de la comunidad. No hay Eucaristía sin comunidad, sin Iglesia y sin Cristo.

Sirvan las reflexiones que ahora ponemos en sus manos, y que van acompañadas de líneas de acción pastoral prácticas, para seguir encontrando en el doble banquete de la Palabra y de la Eucaristía, la inspiración para una sólida vida cristiana.



**+ J. Trinidad González Rodríguez,**  
**Obispo Auxiliar de Guadalajara.**

Presidente de la Comisión  
Teológica y de Impresos para el  
48º Congreso Eucarístico Internacional.

## 1. EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR

### 1.1. VALOR IRRENUNCIABLE DEL DOMINGO

«El Día del Señor –como se ha llamado al domingo desde los tiempos apostólicos– ha tenido siempre, en la historia de la Iglesia, una consideración privilegiada por su estrecha relación con el núcleo mismo del Misterio cristiano» (DD, 1).

Con estas palabras inicia el Papa Juan Pablo II su Carta Apostólica sobre la santificación del domingo, dirigida a los fieles católicos de todo el mundo.

Desde el principio, el mismo Papa nos plantea la necesidad de reflexionar sobre el sentido profundo del domingo, «subrayando las razones para vivirlo como verdadero *Día del Señor*» (DD, 3) y celebrarlo en ambiente y con sabor de auténtica fiesta, con el propósito de dar gracias al Señor, junto con otros, dentro de la comunidad eclesial, destacando la centralidad de la Eucaristía en dicha vivencia dominical (cfr. DD, 4-5).

### 1.2. CONTEMPLACIÓN: "DÍA DEL SEÑOR"

La Carta Apostólica *Dies Domini*, de entrada, nos orienta a profundizar sobre el *shabbat*, el sábado judío, preludio y anuncio del domingo cristiano (cfr. DD, 8).

#### 1.2.1. EL SÁBADO JUDÍO

El sábado judío –día sagrado, bendecido y santificado por Dios– tiene su origen en la revelación misma del comportamiento de Dios al inicio de todo. El Libro del Génesis nos narra, en forma sencilla, poética y con sentido profundo de fe, la creación de todas las cosas. En estos primeros capítulos de las Sagradas Escrituras, se nos presenta la imagen de un Dios lleno de poder y amor que realiza toda su obra, culminando con la creación del hombre, en seis días, y el séptimo día descansa (cfr. DD, 9-10).

El Papa nos comenta en su Carta Apostólica que este «descanso» de Dios en el día séptimo no es simple inactividad, sino un encuentro con sus criaturas y una contemplación gozosa toda la obra realizada. Así Dios, desde el principio, se revela como ejemplar para el hombre en el trabajo y en el descanso: «*Y el séptimo día descansó; por eso bendijo el Señor el día del sábado y lo hizo sagrado*» (Ex 20, 11).

Pero no sólo esto, sino que al mirar con esa mirada bondadosa todo lo creado, Dios dirige una mirada especial al hombre, de donde se intuye y se entiende ese deseo divino de establecer un pacto de amor especial con Él (cfr. DD, 11).

El mandamiento relativo al *shabbat* no sólo se refiere al misterioso descanso de Dios después de su acción creadora (cfr. Ex 20, 8-11), sino también a la salvación que Él mismo realizó a favor de su pueblo, liberándolo de la servidumbre de los egipcios (cfr. DD, 12):

«*Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y tenso brazo; por eso el Señor tu Dios te ha mandado guardar el día del sábado*» (Dt 5, 15).



Pero –nos recuerda el Papa en su Carta Apostólica–:

«El precepto del sábado, que en la primera alianza prepara el domingo de la nueva y eterna alianza... no se coloca junto a los ordenamientos meramente culturales, como sucede con tantos otros preceptos, sino dentro del Decálogo, las "diez palabras" que delimitan los fundamentos de la vida moral inscrita en el corazón de cada hombre... No es una mera disposición de disciplina religiosa comunitaria, sino *una expresión específica e irrenunciable de su relación con Dios*» (DD, 13).

### 1.2.2. EL DOMINGO CRISTIANO

Para asimilar el peso y la importancia del domingo, es absolutamente necesario tener presente que «la experiencia cristiana del domingo es ante todo una fiesta pascual, iluminada totalmente por la gloria de Cristo Resucitado. Es la celebración de la "Nueva Creación"» (DD, 8).

En los últimos párrafos del primer capítulo de esta Carta Apostólica, en forma precisa, el Papa nos dice bellamente:

«Lo que Dios obró en la Creación y lo que hizo por su pueblo en el éxodo, encontró en la muerte y resurrección de Cristo su cumplimiento, aunque la realización definitiva se descubrirá sólo en la *parusía* con su venida gloriosa» (DD, 18). –Y continúa: «A la luz de este Misterio, el sentido del precepto veterotestamentario sobre el Día del Señor es recuperado, integrado y revelado plenamente en la gloria que brilla en el rostro de Cristo Resucitado (cfr. 2Cor 4, 6). Del "sábado" se pasa al "primer día después del sábado"; del séptimo día, al primer día: ¡el *Dies Domini* se convierte en el *Dies Christi!*» (DD, 18).

### 1.3. VISIÓN DE LA REALIDAD

- Pareciera que no hemos tenido el cuidado de interpretar el domingo como «Día del Señor», pues en muchos de los casos, no pasa de ser un día de descanso, sin orientación alguna, por lo que sí es urgente señalar que no es el descanso por el descanso lo que da sentido a este día, sino que es el Señor resucitado quien le da sentido y orientación. Este día tiene un centro y un núcleo: se llama Cristo, y, de no descubrirlo, la gente no tiene ninguna necesidad de encontrarse con Él.
- El mal uso del tiempo es otra de las grandes desorientaciones que se viven, pues hay personas que trabajan los siete días de la semana. Para ellas, ¿cuándo empieza o cuándo acaba la semana, si no hay día de descanso? Pero existe una situación peor: la de quienes, teniendo una pauta de descanso, no la saben aprovechar; se cansan o se fatigan aún más que en las jornadas laborales. Para unos y para otros, el verdadero sentido del domingo no existe; sólo existe trabajo, fastidio y cansancio.

- Vemos que la conciencia y la vivencia del Día del Señor, del domingo, es muy débil en la mayoría de los católicos.

#### 1.4. LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL

Todo lo anterior nos está exigiendo buscar los medios pastorales en orden a lograr que:

- Descansemos y consagremos al Señor el domingo para celebrar con Él un encuentro gozoso, con momentos de oración explícita y manifestaciones de alabanza y gratitud, porque somos suyos y Él nos ha salvado (cfr. DD, 15).
- El domingo sea el día de la relación y diálogo intensos con nuestro Dios, que nos abraza a todos y suscita en cada uno la respuesta que se hace canto y voz en nombre de toda la Creación (cfr. DD, 15).
- El domingo adquiera un valor típicamente sagrado, porque en él nos disponemos y nos acercamos para participar en el Misterio mismo de Dios, que en su Hijo, muerto, resucitado y presente en la Eucaristía, se nos da todo.
- La Asamblea Eucarística constituya el centro del Día del Señor. Por tanto, para vivir bien el domingo, el primer deber es participar en la santa Misa (cfr. CEC, 2181).
- Los cristianos, al vivir profundamente las riquezas del domingo, tomemos cada vez más conciencia de nuestra identidad (cfr. Meditación de Juan Pablo II del 23-VIII-98).
- El domingo, con su solemnidad ordinaria, siga marcando el tiempo de la peregrinación de la Iglesia, hasta el domingo sin ocaso (cfr. DD, 18).

## 2. EL DOMINGO, DÍA DE CRISTO

### 2.1. CONTEMPLACIÓN: CRISTO, SEÑOR DEL DOMINGO

Cristo es quien da un sentido nuevo al domingo, al nuevo culto instituido que celebra su Misterio Pascual, ubicándonos, ante todo, en la contemplación de su Resurrección de entre los muertos, acontecida «*el primer día después del sábado*» (Mc 16, 1.9; Lc 24, 1; Jn 20, 1). Es claro el testimonio que da razón de observar el domingo como el Día de Cristo, como continuación nueva de observar un día específico de la semana para el culto a Dios, realizado ahora por Cristo, con Cristo y en Cristo. Como señala la Sagrada Escritura, se manifiesta a los discípulos de Emaús (cfr. Lc 24, 13-35); además, se aparece a los Once Apóstoles también reunidos (cfr. Lc 24, 36; Jn 20, 19); ocho días después se aparece a Tomás (cfr. Jn 20, 26). Como es de notar, los testimonios sobre Cristo resucitado son abundantes. Detrás de las apariciones, se palpa la victoria de Cristo sobre la muerte y la

intención de transmitir vida; de transmitirse, ahuyentando el desaliento, la incredulidad, el miedo y la angustia, para en su lugar manifestar paz, vida y luz; es decir, Él mismo.

En testimonios fuera de los Evangelios, el Libro de los Hechos de los Apóstoles habla del día del primer anuncio y de los primeros bautismos (cfr. Hech 2, 41). Desde una visión eclesial, también descubrimos el momento de la epifanía de la Iglesia, manifestada como pueblo que se congrega en unidad, más allá de toda diversidad. Son esenciales las manifestaciones de la primera Iglesia, que se descubre como una experiencia a prolongarse en la historia, una realidad nueva y comprometida, fundamentada en Cristo como su piedra angular.

## **2.2. EL NUEVO DÍA DE CULTO ADQUIERE DISTINTOS NOMBRES EN LA HISTORIA**

### **2.2.1. EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA**

Partiendo de Cristo como fundamento del domingo, descubrimos que a la experiencia del nuevo culto se le llama «el primer día de la semana», que comienza a marcar el ritmo de vida de los discípulos (cfr. 1Cor 16, 2): la experiencia inmediata de la comunidad apostólica era precisamente la de la reunión del primer día después del sábado, para realizar la Fracción del Pan (cfr. Hech 20, 7-12). Con la experiencia de este día, en el Apocalipsis se manifiesta como «*el día del Señor*» (Ap 1, 10).

Conviene profundizar en la revelación que la Sagrada Escritura hace de Cristo como «el Señor» (cfr. Flp 2, 11; Hech 2, 36; 1Cor 12, 3). La importancia del día de culto llevará a los primeros cristianos a buscar reunirse y verse antes del amanecer, ya que oficialmente no se tenía al domingo en el calendario latino ni en el griego como un día dedicado exclusivamente al culto. Definitivamente, la celebración del día de la Resurrección asumía un valor doctrinal y simbólico, capaz de expresar toda la novedad del Misterio cristiano que estamos llamados a descubrir y a vivir.

### **2.2.2. DÍA DE LA NUEVA CREACIÓN**

San Agustín decía que en el Antiguo Testamento está latente el Nuevo Testamento, y que en el Nuevo Testamento, está patente el Antiguo. También, San Ambrosio dirá que el Antiguo Testamento es sombra del Nuevo Testamento. La verdad es que encontramos referencia patristica, evidenciando esta realidad en cuanto a la interpretación del «primer día», donde se ve una relación entre el primer día de la creación (cfr. Gén 1, 3-5) y la resurrección, día también de una nueva creación, siendo Cristo el primogénito de toda la creación (cfr. Col 1, 15) y el primogénito de entre los muertos (cfr. Col 1, 18).

También, en el domingo, el bautizado está invitado a reconocer la redención obrada por Cristo en el Bautismo, donde, sepultados con Cristo, también hemos sido resucitados con Él (cfr. Rom 6, 4-6). La celebración lo refiere en la renovación de las promesas y en la aspersión del agua bendita, en lugar del acto penitencial. Es conveniente recordar con frecuencia, nuestra identidad cristiana, de modo que nos haga mantenernos en la línea de un constante testimonio.

### 2.2.3. OCTAVO DÍA

La novedad del tiempo dedicado al culto, tuvo reinterpretaciones que trataban de explicar todo sentido pasado, presente y futuro con referencia a la celebración del domingo como «día octavo». Era una expresión que aludía al «siglo futuro»; «día sin término», y nutre la esperanza del cristiano de llegar a la meta de la vida eterna.

### 2.2.4. DÍA DE CRISTO LUZ

El origen pagano del «Día del Sol» se acomoda perfecto para darle un sentido más profundo al domingo, al hablar de Cristo como verdadero Sol de la humanidad. El tema del 48º Congreso Eucarístico tiene su relación más clara en el mismo Cristo, quien se autoproclama como la Luz del Mundo (cfr. Jn 9, 5; 1, 4-5.9).

## 2.3. CRISTO EN LA REALIDAD DEL DOMINGO

Uno de los aspectos de la celebración del domingo, como Día de Cristo, apunta primero, a darnos cuenta que estadísticamente cada día son menos los cristianos que participan en la Misa; luego, la mentalidad actual no pone tanto acento en el domingo como día de culto, como centro de la semana, ya que prevalece una idea mal concebida del descanso como ausencia de todo compromiso, no sólo laboral, sino también religioso. Por otro lado, sin ser tan pesimistas, hay que señalar que siempre existe el «resto fiel» de quienes, con verdadero espíritu de fe, siguen participando del encuentro con Jesucristo cada domingo, evitando la masificación del sinsentido de este día, que con frecuencia se utiliza sólo en cosas intrascendentes.

La idea que prevalece en quienes no acuden a participar de la Misa dominical, e incluso en muchos que asisten, es que sólo se trata de un precepto, una obligación, y esto provoca la reacción de no ir, o de ir, pero experimentando una carga más que una oportunidad de encuentro con Cristo. Del mismo modo, se percibe en algunos una pobre experiencia de Iglesia, pues con frecuencia la celebración del domingo se convierte en sólo compromiso personal, sin nada que ver con los demás; se desaprovechan los momentos que nos hacen sentirnos, actuar y celebrar como Iglesia. No se percibe, con claridad, que la iniciativa de este encuentro parte del Resucitado; es Él quien sale al encuentro para reanimarnos en el momento de la prueba. No sabiendo o no recordando esto, hay ausencia de interés en encontrarlo.

La Asamblea Eclesial se concreta cuando participamos del culto, aunque, para muchos, no pasa de ser una reunión con un fin específico: realizar el sacrificio santo de la Misa. Pareciera que sólo cuenta el hacer en las perspectivas del hombre actual. Pocos tienen conciencia de la importancia de la asamblea, pues es ésta una de las presencias de Cristo dentro de la celebración: conforma el Cuerpo místico de Cristo. Es la asamblea un momento privilegiado de encontrarnos con Dios y con nuestros hermanos.

¿Por dónde va la conciencia del cristiano? No se necesita un gran esfuerzo para descubrir que ha perdido orientación, valores e identidad; se nota más preocupación por lo material que por lo espiritual, más interés por lo «intramundano» que por lo trascendente,

más inmediatismo que reflexión. Después de todo, hay que recordar que sí hay razones de peso para celebrar el culto del domingo: el encuentro con el Resucitado, alimentarnos de su Palabra, su Cuerpo y su Sangre; también, encontrarnos con los hermanos, configurar la Iglesia y fortalecer nuestra identidad cristiana y eclesial.

Nos hemos vuelto insensibles a los símbolos. Por ejemplo, es preocupante no sentir la presencia de Cristo, Luz, símbolo que trasciende y permite sentirnos guiados de esta luz que no conoce ocaso. Es a cosas banales a las que muchas veces confiamos el rumbo de nuestra vida. También se olvida que es el Espíritu el que actúa en nosotros desde el día de nuestro Bautismo y que, por su acción, podemos nosotros elevar la plegaria al Padre. Es el mismo Espíritu el que nos hace proclamar la fe; sin embargo, con frecuencia la Eucaristía es celebrada de prisa, sin un mismo ritmo, lo que al final delata a las asambleas mal formadas.

La realidad de la Celebración Eucarística tiene una estructura tal, que debe provocar el encuentro con Jesucristo resucitado; ahora bien, la realidad de nuestras celebraciones dominicales, ¿realmente refleja un encuentro con Cristo?

#### 2.4. LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL. HACIA UN ADECUADO ENCUENTRO CON CRISTO

- En la intención de redescubrir el sentido original del domingo y vivirlo como Día de Cristo, una motivación primera seguirá siendo añadir, al sentido de precepto, el de lograr un verdadero encuentro con Cristo; que, en lugar de la tensión del deber, se tenga el gozo que provoca el encuentro con Jesucristo presente realmente en la Eucaristía.
- También es recomendable volver a ubicar el domingo como centro de la semana, y a la Eucaristía como centro del mismo domingo, tiempo privilegiado para encontrarnos con Cristo.
- Nuestra intención debe estar patente en la Eucaristía del domingo, pues nos inserta en la dinámica transformadora del Sacrificio de Cristo que ofrecemos, y nos invita a emprender esa transformación inmediata, llamada «proceso de conversión de la propia vida».
- Es urgente rescatar el sentido de trascendencia que nos compromete en la práctica de la fe; es evidente la necesidad de entrar en un proceso de conocimiento de Cristo, para anhelar y experimentar más el encuentro semanal con el Resucitado.
- Una Asamblea viva está constituida de miembros vivos. En el encuentro con Cristo, estamos llamados a experimentar la vida y proyectarla en la experiencia de la Asamblea celebrativa que conformamos. El verdadero encuentro con Cristo nos invita a evitar los extremos en nuestro uso del tiempo: no sólo contemplación, ni puro activismo. Solamente el espíritu de fe que logremos desarrollar, nos hará sobreponernos a las circunstancias adversas que se puedan experimentar en una celebración, desde la indisposición personal hasta los malos desempeños de los distintos ministerios que hacen posible la celebración y el encuentro con Cristo.

- La identidad cristiana y eclesial se convierten en una tarea prioritaria de toda la vida y de todo cristiano, y es la celebración del Día de Cristo, la que fortalece y profundiza tal identidad. Otra dificultad es mantener la atención durante la celebración, que dificulta la experiencia con Cristo. Así, se debe invertir preparación y esfuerzo en ello; sería una manera concreta de volver más conscientes y atractivas nuestras Celebraciones Dominicales.

Como señala San Juan, en el prólogo de su Evangelio, *«vino la Luz a los suyos»*. También Cristo se sigue manifestando a nosotros a través de la Celebración semanal, donde su Palabra nos sigue recordando: *«Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la Vida»*. Que podamos experimentar siempre esta revelación de Cristo, sobre todo en la presencia real de la Eucaristía, que desde el principio se ha manifestado para los cristianos como fuente de Vida y de Luz.

### **3. EL DOMINGO, DÍA DE LA IGLESIA**

La Eucaristía, que es luz y vida del nuevo milenio, encuentra una de sus manifestaciones más fuertes y significativas en la Celebración dominical. En estas catequesis, estamos recorriendo los elementos más importantes que constituyen el domingo, como son «El Día del Señor», bajo el aspecto de la celebración de la obra de Dios Creador, y «El Día de Cristo», como presencia siempre nueva del Señor resucitado, con la fuerza santificadora del Espíritu Santo.

Ahora, reflexionemos sobre otro aspecto muy importante que el Papa Juan Pablo II nos ofrece para nuestra consideración: el domingo como Día de la Iglesia. Los fieles han sido salvados no sólo a título personal, sino como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, y se han constituido Pueblo de Dios, por lo que es esencial que se manifieste esa condición suya al reunirse en Iglesia, convocada por el Señor resucitado (cfr. DD, 31) que da vida y vida en abundancia, y sean partícipes de la vida trinitaria: «Tu Iglesia unificada, a imagen de tu unidad trinitaria, aparece ante el mundo como Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu» (Prefacio Dominical VIII).

#### **3.1. CONTEMPLACIÓN**

La Eucaristía nutre y modela la Iglesia, pero de manera especial «el día en que toda la comunidad es convocada para conmemorar la Resurrección del Señor» (DD, 32). Es durante la Misa dominical cuando los cristianos reviven de manera intensa la experiencia de los Apóstoles, la tarde del día de Pascua.

Leamos juntos Jn 20, 19-29.

Comentario:

- En la tarde del primer día de la semana, están congregados los discípulos en el Cenáculo, en torno a María, donde «estaba en cierto modo presente el Pueblo de

Dios de todos los tiempos» (DD, 33); tienen la experiencia del encuentro con el Resucitado.

- «*La paz con vosotros*» (v. 19) es el saludo de Cristo: da su paz, que no es como la que da el mundo (cfr. Jn 14, 27; 16, 33). Es la paz mesiánica anunciada por los profetas. Los discípulos se llenan de alegría porque contemplan a su Señor resucitado. Se da a conocer mostrando las heridas gloriosas de su crucifixión.
- «*Como el Padre me envió, así también los envío Yo*» (v. 21): la palabra de Jesús crea la misión apostólica de los discípulos y de todo cristiano, para ir al mundo y anunciar el Evangelio.
- «*Al volver Cristo entre ellos ocho días después*» (v. 26), se ve prefigurada desde el origen de la comunidad cristiana su costumbre de reunirse el octavo día, en el Día del Señor o domingo» (DD, 33).
- «*Dichosos los que sin ver creyeren*» (v. 29): esta bienaventuranza es para aquellos que, sin haber conocido a Jesús, han creído en él, ya que han recibido el don de la fe.

De esta lectura orante de la Palabra, queremos comentar algunos elementos que implica la celebración del domingo, Día de la Iglesia.

La Eucaristía dominical, con la presencia comunitaria y con la especial solemnidad que la caracterizan, subraya con fuerza la propia dimensión eclesial, se convierte en epifanía de la Iglesia, es el lugar donde se realiza el Misterio de la Iglesia (cfr. DD, 34).

Fijado este punto de partida, se comprende la importancia de destacar en el plano pastoral la dimensión comunitaria de la Eucaristía dominical; de darle su realce en la vida de la comunidad parroquial, de modo que cualesquiera otras celebraciones deberán dejar su lugar a la Celebración dominical (cfr. DD, 35).

La Asamblea Dominical es un lugar privilegiado de la unidad de la Iglesia (cfr. TB, 45). En dicha Asamblea, las familias cristianas ejercitan su función de «Iglesia Doméstica», cuando padres e hijos se acercan a la Eucaristía dominical. También en ella participan los diferentes grupos, movimientos y asociaciones, las pequeñas comunidades; pues todas ellas conforman la parroquia como comunidad eucarística, que permite a todos experimentar la condición de la Iglesia congregada en el nombre del Señor (cfr. DD, 36).

El camino de la Iglesia a través del tiempo y de la historia, marcado por referencia a la Resurrección de Cristo y su conmemoración cada ocho días, nos ayuda a recordar su carácter de Pueblo Peregrino: «De domingo en domingo, la Iglesia se encamina hacia el Último Día del Señor, el domingo que no tiene fin [...] la espera de la venida de Cristo forma parte del Misterio mismo de la Iglesia y se hace visible en cada Celebración Eucarística» (DD, 37). En su peregrinar, tiene la Iglesia el alimento que la nutre para que pueda alcanzar su meta (cfr. TB, 40-43).

De este modo, al recibir la Eucaristía, los fieles son invitados a afrontar con la fuerza del Resucitado, las tareas de la vida ordinaria y están llamados a ser evangelizadores y testigos de Cristo (cfr. DD, 45; TB, 63-64).

### 3.2. VISIÓN DE LA REALIDAD

En el encuentro con el Resucitado cada ocho días, en la Asamblea dominical, la Iglesia se manifiesta de un modo más concreto y eficaz ante el mundo. Iluminados por la Palabra de Cristo y el Magisterio de la Iglesia, queremos constatar la realidad de la vivencia eclesial de la Celebración Eucarística dominical.

Primero, presentamos algunos *aspectos positivos*:

- Muchas comunidades han logrado hacer centro de vida la Eucaristía dominical (cfr. NMI, 35).
- Se ha ganado en una mejor y más consciente participación en la celebración.
- En algunas comunidades, se logra que los diferentes grupos, movimientos y asociaciones encuentren en su participación conjunta, en la Eucaristía dominical, una verdadera expresión de la unidad de la Iglesia y «el antídoto más natural en contra de la dispersión» (NMI, 36).

Algunos *aspectos negativos*:

- En cuanto a la participación, a muchos les es indiferente participar o no en la Eucaristía dominical. Otros lo hacen sin tener conciencia clara de ser parte del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, por eso, les da lo mismo participar en familia o solos, que sea en su parroquia o en otro lugar de manera casi ordinaria. Tienden a aislarse de la comunidad, pensando que sólo en su grupo, asociación o movimiento pueden participar bien.
- En cuanto a la Celebración dominical, algunas comunidades no distinguen la Misa dominical de la de entre semana; hay pobreza en su preparación, no se tienen los ministros y cantores suficientes; el sacerdote es como el «hombre orquesta» que lo hace todo; las celebraciones son precipitadas, sin tener en cuenta la importancia evangelizadora de la misma Celebración.

Esta visión de la realidad nos invita a favorecer y desarrollar los aspectos positivos que se han encontrado y a superar los aspectos negativos.

### 3.3. LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL

Teniendo en cuenta el carácter propio de estas catequesis, queremos aportar algunas líneas de acción, sobre todo, con miras en mejorar la celebración de la Eucaristía dominical (cfr. DD, 50-51).

- Dada la importancia de la Misa dominical, *se han de preparar con particular esmero*, bajo la responsabilidad del pastor de almas, todos los que intervendrán en la celebración, coordinándose adecuadamente.



- Se deberá dar a la Celebración el *carácter festivo* que le corresponde.
- Hay que cuidar, de manera especial, el *canto de la asamblea*, que favorece la participación de la fe y del amor; vigilar la calidad de los textos y la melodía.
- Procurar que los fieles se sientan atraídos a la Celebración, facilitando que *intervengan activamente* «a través de las plegarias y los cantos y de los gestos y del silencio [...] por los ministerios desempeñados por los laicos» (VQA, 12), de modo que sea una verdadera expresión de su sacerdocio bautismal.
- Conviene también programar, fuera del contexto litúrgico, especiales *iniciativas de oración* (Vísperas solemnes, Retiros, etcétera) *así como oportunos momentos de catequesis* que, de alguna manera, «preparen y completen en el alma cristiana el don propio de la Eucaristía» (DD, 52).

## 4. EL DOMINGO, DÍA DEL HOMBRE

### 4.1. CONTEMPLACIÓN

«La Iglesia, por tradición apostólica que comienza en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el Misterio Pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón Día del Señor» (SC, 106).

Jesús resucitó de entre los muertos el primer día de la semana (cfr. Mt 28, 1; Mc. 16, 19). Para nosotros, los cristianos, viene a ser el primero de todos los días; la primera de todas las Fiestas, porque significa la Nueva Creación inaugurada por la resurrección de Cristo. Por ello, el Código de Derecho Canónico afirma: «El domingo, en el que se celebra el Misterio Pascual, por tradición apostólica, ha de observarse en toda la Iglesia como Fiesta primordial de precepto» (CIC 1246, §1).

El domingo es el día por excelencia de la Asamblea litúrgica, convocada por Dios mismo. Es Dios quien busca al hombre para ofrecerle lo mejor de Sí mismo, al tiempo que le recuerda la necesidad de alimentarse de la convivencia y de la solidaridad con los demás hombres. Así, «la Iglesia es en Cristo como un signo e instrumento de la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano» (LG, 1). Por lo tanto, en el Día del Señor, el cristiano tiene «el deber de hacer de la Eucaristía el lugar donde la fraternidad se convierta en solidaridad concreta, y los últimos sean los primeros por la consideración y el afecto de los hermanos» (DD, 71). Por ello, el domingo puede también ser llamado «Día del Hombre», día de una alegría humana y verdadera, en virtud de «la alegría de Cristo glorioso, imagen perfecta y revelación del hombre según el designio de Dios» (DD, 58).

Por otra parte, «para los cristianos no es normal que el domingo, día de fiesta y de alegría, no sea también el día de descanso, y es ciertamente difícil para ellos santificar el domingo, no disponiendo de tiempo libre suficiente» para ello (DD, 64). «Además, para que el descanso mismo no sea algo vacío o motivo de aburrimiento, debe comportar enriquecimiento espiritual, mayor libertad, posibilidad de contemplación y de comunión fraterna» (DD, 68).

El domingo es también un día propicio para el ejercicio de la caridad con el necesitado, como enseña San Pablo cuando dice: «*Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros reserve en su casa lo que haya podido ahorrar*» a favor del necesitado (1Cor 16, 2). Lo mismo hacían los primeros cristianos cuando, presididos por los Apóstoles, quienes «*realizaban muchos prodigios y señales*» (Hech 2, 43), velaban por las necesidades de los hermanos, invitando a compartir los propios bienes en un ambiente de alegría y sencillez de corazón (cfr. Hech 2, 42-47). Sin duda, esto causó tal impacto que, por ello, a esa primera y pequeña comunidad se agregaron muchos más, y gozaba de mayor simpatía entre el pueblo.

#### 4.2. VISIÓN DE LA REALIDAD

El domingo es el Día del Señor, y es también día del hombre y para el hombre. Sin embargo, es necesario saber equilibrar estas dos dimensiones, de tal manera que una no desvirtúe a la otra, procurando una separación entre la fe y la vida; entre lo que se celebra en el culto y lo que se practica en lo cotidiano de la vida. La tarea para muchos cristianos es, pues, hallar en el domingo y en la Eucaristía un espacio privilegiado para el encuentro con Dios y consigo mismo, ya que «para muchos cristianos, es casi el único momento de unión con Dios y con sus semejantes. Si se deja esto o se descuida, se pierde el único lazo de unión con la Iglesia» (IV PDP, 152).

En consecuencia, «rige aún en nuestro contexto histórico la obligación de empeñarse para que todos puedan disfrutar de la libertad, del descanso y la distensión necesarios para la dignidad de los hombres, con las correspondientes exigencias religiosas, familiares, culturales e interpersonales que difícilmente pueden ser satisfechas, si no es salvaguardando por lo menos un día de descanso semanal, en el que gocen juntos de la posibilidad de descansar y hacer fiesta» (DD, 66).

Es cierto y justo: hay que descansar. Sin embargo, también es necesario tomar en cuenta que el domingo no sólo es para eso; el «día del hombre» no ha de invadirlo todo, pues pareciera que, por la necesidad legítima que tiene el hombre de descansar, está relegando a un último espacio el tiempo que también debe reservar para su alimentación espiritual en la Asamblea litúrgica convocada el domingo.

Hay muchos cristianos que no asisten a la Misa dominical, no precisamente por motivos de trabajo o por falta de tiempo, sino porque no equilibran el uso del tiempo dominical, planeando y organizando actividades para ese día. El cristiano de hoy está expuesto a caer en los usos y costumbres de la sociedad secularizada, de tal modo que llega a relegar u olvidar sus convicciones religiosas.

Es cierto que el precepto dominical es una ley positiva y cumple una prescripción moral inscrita en el corazón del hombre, que consiste en «dar a Dios un culto exterior, visible, público y regular, bajo el signo de su bondad universal hacia los hombres» (CEC, 2176); sin embargo, debemos estar al tanto de no caer en un relativismo que permita justificarnos todo, incluyendo nuestra pereza espiritual.

### 4.3. LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL

- El Documento de Santo Domingo señala: «Nuestras Iglesias locales, que se expresan plenamente en la liturgia, y en primer lugar en la Eucaristía, deben promover una seria y permanente formación litúrgica del Pueblo de Dios en todos sus niveles» (51). Esto, sin duda, con la intención de que devolvamos al domingo todo su sentido y fuerza evangelizadora, haciendo hincapié en no omitir, sino potenciar, los signos de la liturgia.
- Recordar a los fieles, en la homilía dominical previamente preparada, el sentido amplio del domingo y los muy variados fines de éste.
- Promover en las comunidades acciones organizadas que permitan y faciliten la convivencia fraterna, sobre todo después de la celebración de la Eucaristía.
- Propiciar el encuentro con los más necesitados o enfermos, que se ven imposibilitados de asistir a Misa el domingo, para que quienes se encuentran sanos ejerzan con ellos una obra de caridad, habiéndola preparado con anticipación.

## 5. LA MESA DE LA PALABRA

### 5.1. CONTEMPLACIÓN

«Oh Dios, que para celebrar el Misterio Pascual nos instruyes con las enseñanzas de los dos Testamentos, concédenos penetrar en los designios de tu Amor».

Esta oración de la Vigilia Pascual podría inaugurar cada domingo la Liturgia de la Palabra. Cuando escuchamos la Palabra de Dios, es el Señor quien nos enseña. Lo hace con su Palabra, iluminándonos en lo más íntimo del ser. Las más bellas páginas de la Sagrada Escritura no surten efecto si el Espíritu Santo no nos guía. Más allá del lector que proclama el texto sagrado y el sacerdote que lo comenta en la homilía, es el Espíritu Santo el que habla. Ponerse a la escucha de la Palabra es ponerse a la escucha del Espíritu. Su finalidad es instruirnos para celebrar el misterio pascual, cuyo memorial es la Cena del Señor; penetrar en los designios del amor del Padre, que culminan con el don de su Hijo: ¿no es lo que hizo Jesús la tarde de Pascua, cuando encontró a dos discípulos en el camino de Emaús? (cfr. Lc 24, 13-35). Y, al final, tuvo lugar la Fracción del Pan.

La presencia activa de Cristo, en la Liturgia de la Palabra, fue puesta de relieve por el Vaticano II al afirmar que «cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla» (SC, 33). En la Celebración Eucarística, «la importancia de la Escritura es sumamente grande» (SC, 24). El mismo Concilio también ilustró la importancia de su proclamación en la Asamblea, recordando el vínculo existente entre la Palabra y los Sacramentos:

«No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y de cosas; por eso se llaman Sacramentos de la Fe" (SC, 59).

Pero la fe se alimenta y se robustece por la recepción de la Palabra de Dios. Por ello, el Concilio determinó que en toda celebración de cualquier Sacramento hubiera una Proclamación de la Palabra. Esto vale, en primer lugar, para la Eucaristía, que de modo eminente es «el Sacramento de la fe». Así, el Concilio decretó lo siguiente:

«A fin de que la Mesa de la Palabra de Dios se prepare con mayor abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un periodo determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura» (SC, 51).

El Leccionario dominical de la Misa, distribuido en tres años, procede de dicha decisión. De ella también procede la introducción de una Lectura del Antiguo Testamento.

Al evocar la Mesa de la Palabra de Dios en su relación con la de la Eucaristía, los Padres del Concilio hacían eco de la enseñanza unánime de la tradición: «De la Mesa del Señor recibimos nuestro alimento, el pan de vida –escribe San Hilario–, pero de la Mesa de las Lecturas dominicales tomamos el alimento de la doctrina del Señor» (Hilario de Poitiers, *Tractatus in Ps.* 127). Toda la reflexión de la Iglesia a lo largo de los siglos, acerca de las dos mesas a que nos invita el Señor, no podría añadir nada a las mismas palabras de Jesús en el discurso de Cafarnaún, que están en íntima vinculación con la experiencia eucarística de la comunidad cristiana primitiva: «*Yo soy el pan de vida. El que viene a Mí no pasará hambre, y el que cree en Mí no pasará sed*» (Jn 6, 35). Estamos, pues, invitados a recibir al Señor por la fe. Jesús añade: «*El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna*» (Jn 6, 54). La comida por la fe prepara la comida sacramental. Por ello, el Concilio insistió en que «la Liturgia de la Palabra y la Eucaristía están tan íntimamente unidas, que constituyen un solo acto de culto» (SC, 56).

## 5.2. VISIÓN DE LA REALIDAD

### 5.2.1 EL PROFETA, EL APÓSTOL, EL EVANGELIO.

La tarde de Pascua, Jesús dijo a sus Apóstoles: «*Tenía que cumplirse todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas acerca de Mí*» (Lc 24, 24). Se refería, así, al orden de las lecturas de la Biblia en la Sinagoga, para significar que todo el Antiguo Testamento constituía una profecía global de su venida (cfr. Lc 24, 26-27). Vemos también que desde el origen, los cristianos leían en sus Asambleas dominicales «los recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas» (Justino, *Apología* 1, 67). A fines del siglo IV, las Iglesias de Siria leían sucesivamente la Ley, los Profetas, los Salmos, los Escritos Apostólicos y el Evangelio. Sin embargo, en la misma época San Ambrosio sólo conocía una lectura del Antiguo Testamento antes del Salmo. Por esto, declara que se lee en la Misa «el profeta, el Apóstol y el Evangelio» (In Ps. 118, 17, 10). Éste es el uso que la Liturgia romana asumió después del Concilio Vaticano II. Fue decretado que la lectura de la Biblia se debía

distribuir «en un determinado periodo de años». Cada año recibe su coloración del Evangelio que se le asigna, mientras que, según la costumbre antigua, el Evangelio de Juan se lee cada año durante la segunda parte de la Cuaresma y en el Tiempo Pascual. En los domingos del Tiempo Ordinario se leen sucesivamente el Evangelio de Mateo (Ciclo A); el Evangelio de Marcos (Ciclo B), y el Evangelio de Lucas (Ciclo C).

Todos los domingos, excepto los del Tiempo Pascual, la Primera Lectura se toma del Antiguo Testamento, y es escogida en relación con el texto del Evangelio. De este modo, la Ley y los profetas conducen hacia Cristo. En el Tiempo Pascual, es la vida de la joven Iglesia, llena del Espíritu Santo, la que se expresa mediante la lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles. Los ocho domingos de Pascua proponen, a su vez, el anuncio de Cristo resucitado en la predicación de los Apóstoles Pedro y Pablo.

Luego viene el Salmo, que prolonga en forma lírica la lectura del Antiguo Testamento, del que constituye la cúspide. Pero los Salmos fueron cristianizados en la época apostólica; por ello la Salmódica puede siempre alimentar la oración de la Asamblea, aunque venga después de una lectura del Nuevo Testamento.

La lectura de las Cartas Apostólicas es de gran importancia. La Iglesia, por ser apostólica, debe apoyarse en el testimonio de los Apóstoles. Cada domingo, Pedro, Juan y, sobre todo, Pablo, están presentes en el seno de la Asamblea. A lo largo de los tres años del ciclo litúrgico, las Cartas de Pablo se leen de manera semicontinua.

### 5.2.2. LA BUENA NUEVA DE JESUCRISTO

La proclamación del Evangelio por el diácono o el sacerdote, señala el punto culminante de la Liturgia de la Palabra. La lectura del texto sagrado se rodea de solemnidad. Si se puede disponer del Evangelionario, éste se coloca sobre el altar, al final de la procesión de entrada. Entonces, la procesión hacia el ambón para proclamar el Evangelio puede revestir especial solemnidad. Dicha procesión está llena de simbolismo. Mientras el pueblo se pone de pie, entona el Aleluya. Es la aclamación de la Liturgia del Cielo (cfr. Ap. 19, 1.4). El versículo que lo acompaña era, al principio, un homenaje a Cristo.

Estos ritos que acompañan normalmente la proclamación del Evangelio destacan la importancia que la Iglesia congregada, el día del Señor, concede a la escucha de Cristo. Toda la Biblia es la Palabra de Dios, pero en el Evangelio, Dios nos habla por medio de su Hijo, y Jesús desempeña en medio de los suyos la misión de sembrador. Es «la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios», según el inicio del Evangelio de Marcos (Mc 1, 1).

### 5.3. LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL

La Eucaristía tiene una estructura que se compone de diversos elementos y partes, cuyo objetivo fundamental es que todos, «ministros y fieles, participando cada uno según su condición, saquen de ella con más plenitud los frutos para cuya consecución instituyó Cristo nuestro Señor el Sacrificio Eucarístico» (OGMR, 2). Esta estructura quiere ser una realidad viva y dinámica, al servicio de la plena participación; pues los frutos que se esperan sólo «se podrán conseguir si, mirando a la naturaleza y demás circunstancias de cada asamblea, toda la celebración se dispone de modo que favorezca la consciente, activa y total participación de los fieles; es decir, esa participación de cuerpo y alma, ferviente de

fe, esperanza y caridad, que es la que la Iglesia desea de ella, la que reclama su misma naturaleza y a la que tiene derecho y deber, por fuerza del Bautismo, el pueblo cristiano» (OGMR, 3).

En cuanto a la Liturgia de la Palabra, indicamos algunos elementos que pueden contribuir a darle su aplicación pastoral. Tales son, por ejemplo:

- Concienciar al pueblo sobre la importancia que tiene llegar puntual a escuchar, entender y vivir la Palabra que se proclama.
- Disponer de medios de audición que faciliten a todos atender y entender el mensaje.
- Elegir y preparar verdaderos lectores o lectoras que, conscientes de la importancia del servicio o ministerio, preparen y proclamen las Lecturas con devoción y claridad.
- Solemnizar la proclamación del Evangelio, utilizando los medios que se crean convenientes: llevarlo en la procesión de entrada y dejarlo sobre el altar; trasladarlo procesionalmente al ambón en el momento de proclamarlo; acompañarlo de cirios e incienso; mostrarlo a la asamblea.
- Preparar con esmero la homilía.
- Que el símbolo de la fe se proclame concientemente, de tan modo que ayude a renovar nuestra respuesta creyente.
- Que la Oración de los Fieles sea debidamente participada y exprese las necesidades de la asamblea.

## **6. LA MESA DE LA EUCARISTÍA**

La Eucaristía es definida por la Iglesia como «fuente y cumbre de la vida cristiana» (LG, 11), y «el compendio y suma de nuestra fe» (CEC, 1327). Magistralmente, el Papa Juan Pablo II ha dado el sentido pleno de la Celebración Eucarística, afirmando: «La Mesa de la Palabra lleva naturalmente a la Mesa del Pan Eucarístico y prepara a la comunidad para vivir sus múltiples dimensiones, que en la Eucaristía dominical tiene un carácter de particular solemnidad» (DD, 42).

La Eucaristía tiene la estructura de un banquete (cfr. CEC, 1329; TB, 37-43; 54-55), donde se ofrece Cristo mismo en alimento. Se ofrece como Palabra, en la primera parte de la Misa, y se ofrece con su Cuerpo y su Sangre en la segunda parte.

### **6.1. CONTEMPLAMOS EL MISTERIO EUCARÍSTICO**

Es Cristo quien instituye la Eucaristía y la deja como regalo muy especial; es «memorial de su muerte y su pascua» (CEC, 1337).

Son varios los relatos que narran la institución de la Eucaristía; probablemente el más antiguo sea el del Apóstol San Pablo en la Primera Carta a los Corintios (11, 23-26).

En la Cena del Jueves Santo, el Señor Jesús realiza la entrega como sacrificio de su Cuerpo y su Sangre, anticipando lo que al día siguiente realizará en el sacrificio de la Cruz (cfr. Lc 22, 14-20; Mt 26, 20-29; Mc 14, 17-25).

Cada gesto del Señor Jesús en esa cena toma tal fuerza, que queda constituido en la liturgia del Sacramento: «toma», «da gracias», «parte el pan» y lo «reparte» entre los discípulos. Estos gestos son repetidos por Cristo como en la multiplicación de los panes (cfr. Jn 6, 11), y en las apariciones después de resucitar (Emaús: Lc. 24, 13-35; la pesca milagrosa: Jn 21, 13).

Imitando el gesto de Cristo, en la Liturgia de la Eucaristía, la Iglesia «toma el pan», prepara el altar (cfr. OGMR, 49) y presenta los dones del pan y del vino, que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Luego, «da gracias» (Lc 22, 19): momento central de su ofrecimiento al Padre, sublime instante que la Iglesia vive en la Plegaria Eucarística, en el cual «toda la congregación de los fieles se une a Cristo en la proclamación de las maravillas de Dios y en la ofrenda del Sacrificio» (OGMR, 54).

Juan Pablo II reafirma esta idea: «Bajo las especies del pan y del vino, sobre las que se ha invocado la efusión del Espíritu Santo, que actúa con una eficacia del todo singular en las palabras de la Consagración, Cristo se ofrece al Padre en el mismo gesto de inmolación con que se ofreció en la Cruz» (DD, 43). También la Iglesia se une a esta acción de Cristo, pues «su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo» (CEC, 1368; cfr. DD, 43; TB, 34).

Queriendo alimentar a los suyos con el pan, el Señor «lo partió y se los dio» (Lc 22, 19). La Eucaristía es un banquete, en el cual Cristo se entrega «para que los fieles participen de él, tanto espiritualmente por la fe y la caridad, como sacramentalmente por el banquete de la Sagrada Comunión» (DD, 44). Esto se realiza en la Eucaristía al momento de la Fracción del Pan y de la Comunión.

Hay que insistir en la necesidad de una debida preparación para recibir el Sacramento, en el que, por la Comunión, nos unimos íntimamente a Cristo, y quien está unido a Él, debe estar unido también a su hermano (cfr. DD, 44; TB, 54).

Viene, finalmente, el rito conclusivo, cuando los participantes en la Asamblea se retiran a proseguir sus ocupaciones, dispuesta a «afrontar, con la fuerza del Resucitado y de su Espíritu, los cometidos que le esperan en su vida ordinaria» (DD, 45); por eso, quien preside la bendice con la fuerza de Dios.

## 6.2. VISIÓN DE LA REALIDAD

La contemplación y reflexión sobre el misterio que se encierra en este Sacramento, implica una aplicación y una revisión sobre la liturgia de la Eucaristía.

Se desea dar una adecuada preparación de la Celebración Eucarística (cfr. DD, 40), ya que por una limitada atención a este aspecto se observa:

- Poco entendimiento y escasa valoración de la Plegaria Eucarística.

- Se deben preparar dignamente los objetos, vestiduras y vasos sagrados. En algunos lugares son feos y están sucios.
- Hace falta valorar el altar en su calidad de mesa de sacrificio; no se debe confundir con una mesa cualquiera. A veces se encuentran altares muy descuidados.
- Hay fieles que no se acercan a comulgar, por no acudir a la Reconciliación.

En relación con la celebración Eucarística, se pueden señalar los siguientes aspectos:

- El sacerdote que celebra de prisa, sin una correcta dicción, un equipo de sonido adecuado ni un espíritu apropiado de recogimiento y fervor.
- Por parte de los fieles, estar comentado o platicando; no se enseña a los niños el debido respeto a la casa de Dios y a la Santa Misa. Se asiste a Misa por obligación o compromiso, que se manifiesta en la escasa o nula participación.

Si la Misa no es vivida con amor y como ofrenda personal a Dios, difícilmente la vida puede estar en coherencia con lo que se ha celebrado en el Sacramento y lo que Dios nos ha pedido en su Palabra.

### 6.3. LÍNEAS DE ACCIÓN PASTORAL

El sentido más profundo de la Celebración Eucarística, es cuando en la plegaria eucarística, durante la consagración, Cristo se inmola y se ofrece por nosotros, para que nosotros, por Él, podamos vivir: «Éste es mi Cuerpo, que es entregado por vosotros» (Lc 22, 19). De esta manera, es deseable que vivamos esta parte de la Eucaristía con una conciencia viva de lo que se está realizando, con profundo recogimiento, ofreciéndonos también nosotros con Jesús (cfr. DD, 43). Desde que se están preparando los dones para el sacrificio, debemos comenzar la preparación para ofrecer nuestra vida unidos a Cristo.

El Sacerdote no es un «actor» que en ese momento hace como que celebra; es quien actúa *in persona Christi*. De ahí la importancia de que en este momento también el Sacerdote se ofrezca con el Señor, y allí encuentre el sentido del amor, entrega y fidelidad que orientan su vida. Al levantar la patena y el cáliz para hacer el ofrecimiento, también levanta hasta Dios su propia vida y la ofrece (cfr. OGMR, 54).

La Iglesia tiene una gran tradición y una profunda sabiduría y experiencia en cuanto a la liturgia; recibió del Señor Jesús la esencia del Sacramento, y la vivencia misma, a lo largo de los siglos, la ha llevado a tener la forma actual de celebrar la Eucaristía. Los Sacerdotes deben valorar esta riqueza, respetarla y celebrarla, sin inventar, añadir o quitar elementos a lo que la Iglesia establece. Basta vivenciar lo que ya se tiene (cfr. CEC, 1345).

Las palabras, la entonación y los gestos del Sacerdote deberán llevar a que la Asamblea se sienta unida en la plegaria eucarística, en la acción de gracias y en la invocación.



Quien preside la Asamblea es responsable de la misma; Parte de esta responsabilidad es lograr que cada quien haga lo que le corresponde en la celebración.

Una consecuencia muy importante para quienes participan en la Eucaristía, es abrir la boca y el corazón para comer el Pan de vida; ya que será incompleta la participación en la Misa si no se recibe la Sagrada Comunión (cfr. DD, 44).

La participación viva en la Eucaristía implica que quien la recibe, lleve a Cristo a sus hermanos. Por esto, la necesidad de vivir fortalecidos con la presencia del Señor y la alegría de manifestarlo a través del testimonio (cfr. DD, 45)